

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 158 *Editorial*

JULIO-AGOSTO DE 2012

Setenta años del Centro
de Estudios Históricos
de El Colegio de México

José Gaos, el maestro
Andrés Lira

José Miranda, la huella
Bernardo García Martínez

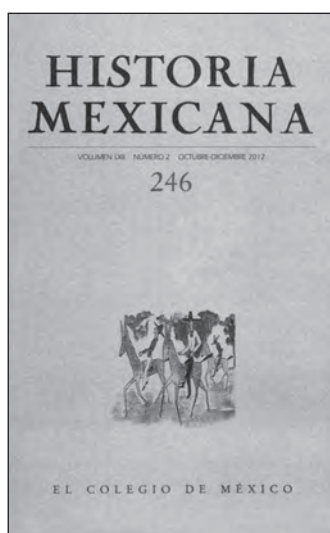
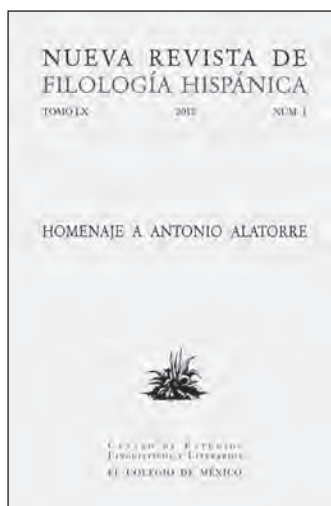
Silvio Zavala:
homenaje
Clara E. Lida

Berta Ulloa
Dedicación, rigor,
pasión y compromiso
Josefina Mac Gregor

La intervención tripartita
se vuelve francesa
Marzo-abril de 1862
Antonia Pi-Suñer Llorens



PUBLICACIONES PERIÓDICAS



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx



Í N D I C E

Setenta años del Centro de Estudios Históricos
de El Colegio de México

■ 2

José Gaos, el maestro

■ *Andrés Lira* ■ 3

José Miranda, la huella

■ *Bernardo García Martínez* ■ 9

Silvio Zavala: homenaje

■ *Clara E. Lida* ■ 15

Berta Ulloa

Dedicación, rigor, pasión y compromiso

■ *Josefina Mac Gregor* ■ 19

La intervención tripartita se vuelve francesa

Marzo-abril de 1862

■ *Antonia Pi-Suñer Llorens* ■ 25

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCÍADIEGO DANTAN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ALVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* PAOLA MORÁN LEYVA ■ *Editor* JUAN PUIG ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinadora de promoción y ventas* NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 158 JULIO-AGOSTO DE 2012

Impresión: Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.

Formación y diseño de portada: EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO


ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.

Setenta años del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México

El Centro de Estudios Históricos se fundó un 14 de abril (día de proclamación de la Segunda República Española, en 1931): el 14 de abril de 1941. La fecha no fue fortuita: entre los fundadores, al lado de Silvio Zavala, estaban los historiadores españoles republicanos que, luego de la transformación de La Casa de España en México en El Colegio de México, mantuvieron en la institución su trabajo, su saber y su entusiasmo, y se encontraron pronto en compañía de colegas mexicanos tan capaces y entregados a la academia y a la enseñanza como ellos.

Fue el primero de los centros que integran El Colegio. Desde 1951 publica, puntualmente, sin interrupción y con una elevada calidad, *Historia Mexicana*, y una serie ya larga de estudios amplios y monográficos sobre la historia nacional y de otras latitudes, y formó, y forma siempre, a una plétora de especialistas que han sabido aportar a la especialidad obras importantes.

Los profesores, los maestros del Centro de Estudios Históricos han dejado honda huella en el medio académico mexicano y mexicanista. Este número del *Boletín* recuerda a algunos de ellos en la pluma de alumnos suyos, y se cierra con una colaboración amistosa y, desde luego, historiográfica. 



Silvio Zavala, el fundador

La Redacción

José Gaos, el maestro*

En 1999, la Secretaría de Relaciones Exteriores organizó una exposición con motivo de los 60 años del exilio republicano español en México. Entre las piezas que se mostraban figuraba el acta de naturalización de José Gaos. Me conmovió la lectura y, sobre todo, la firma. Tenía el vigor de su letra, el trazo firme que vi en los apuntes que escribió el 10 de junio de 1969 (día en que murió) y que recogí de su escritorio en El Colegio de México al hacerme cargo de las tareas que se me encomendaron. Gaos se había mantenido en condición —la letra lo revelaba— a lo largo de una vida, de la cual a algunos nos tocó parte. Hablaré de la que recibí aquí en El Colegio de México.

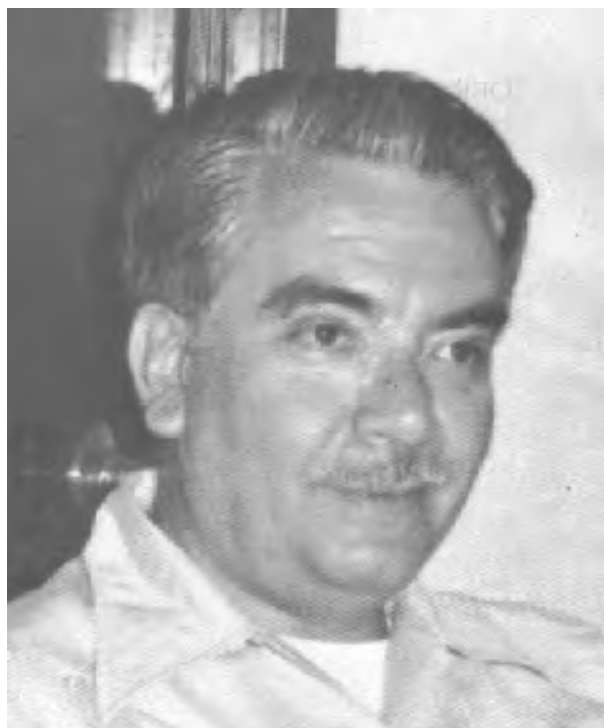
El primer acercamiento fue indirecto y poco afortunado. Luis González y González, director del Centro de Estudios Históricos y profesor de Introducción a la Historia en el curso propedéutico que inició en 1964, nos hizo leer y resumir, en no más de cinco cuartillas, las “Notas sobre la historiografía” de José Gaos, síntesis de un curso que el filósofo historiador había dado a las generaciones que convivieron en el Centro cuando nuestro profesor era estudiante. En esas Notas había un rigor conceptual difícil de asimilar y, más aún, de resumir (son

*El Colegio de México, Coloquio “El Centro de Estudios Históricos y su producción historiográfica: Balance y crítica”, 30 de noviembre de 2011. (Redacción.)

una síntesis), lo que llevó a la deserción de una compañera que decidió abandonar “un centro de estudios históricos en el que no se enseñaba historia” —así dijo, y se fue.

La segunda aproximación fue directa, positiva e inolvidable. De agosto a noviembre del mismo año, José Gaos impartió un curso de “Filosofía de las ciencias humanas” a los alumnos de “Estudios Orientales”, de Internacionales, de Lingüística y Literatura, de Economía y Demografía, y de Historia de la generación saliente y la nuestra, los prehistóricos del propedéutico, cerca de 80 estudiantes a los que se sumaron los profesores de los centros que querían escuchar a José Gaos en el “Auditorio Alfonso Reyes” en Guanajuato 125. El curso fue excelente, la exposición rigurosa, clara, durante dos horas los jueves de 6 de la tarde a 8 de la noche, con una breve pausa en la que el austero profesor bebía un vaso de sidral *Mundet*. Ni los apagones lograron romper la secuencia del discurso, dos candelabros, velas y cerillos aseguraron la iluminación de la mesa en la que el maestro decía —no leía— lo escrito para la lección.

Fue un curso de Filosofía de la Filosofía de las Ciencias del Hombre, manifiestas en cuerpos de expresiones verbales y fórmulas matemáticas, ahí donde eran menester disciplinas más complejas y menos abstractas, a medida



Luis González y González, alumno y maestro

que implicaban más la circunstancia del sujeto cognoscente. El ejemplo elegido por Gaos para ilustrar tal complejidad y dependencia –paradigmáticas en la historiografía– fue un texto de Luis González y González, “El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México”. El autor, ahí presente al lado de otros profesores y a la vista de los estudiantes, se puso nervioso cuando Gaos anunció que analizaría con rigor fenomenológico lo que en versión original había sido trabajo de clase y luego –una vez corregido y anotado–, capítulo de libro. Descansó Luis González cuando vio el buen suceso de su texto tras el riguroso análisis al que había sido sometido, pues además de la calidad epistemológica, el estilo revelaba el optimismo del autor. (“Sin optimismo, sin fe en un futuro inmediato, no hay sociedad que luche por la independencia política”, decía Gaos poniendo como ejemplo a Puerto Rico. “Sin ser optimista, no se puede escribir como ha escrito Luis González sobre el optimismo como factor del proceso histórico”, remataba encarando al

responsable del texto analizado –y conste que aún no llegaba la Historia Universal de San José de Gracia, más conocida como *Pueblo en vilo*.)

El fin del curso fue sensacional, interesante como ninguno. Al principio Gaos advirtió que no admitiría preguntas durante la exposición ni al final de cada lección, para no interrumpir la secuencia en la que necesariamente aparecerían cuestiones que se irían planteando y resolviendo a lo largo del curso. Si algunas quedaban sin respuesta o si ésta resultaba insuficiente o decepcionante, tocaba a los oyentes guardarla como reclamo para el final, y, lo que era más importante, si los asistentes al curso advertían cuestiones obvias que no se habían planteado o que se habían planteado insatisfactoriamente, debían exponerlas con el rigor que merecían. Ése sería el examen final. Dedicó las dos últimas sesiones a responder las preguntas entregadas en la antepenúltima, ordenadas por él temáticamente y enunciadas así, reconociendo, si era el caso, el mérito del planteamiento. ¡Cuatro horas de examen, que, como las de exposición del curso, resultaron gratisimas e interesantes!

Hubo, claro está, cuestiones que no alcanzaron el desarrollo que aquellos estudiantes deseaban, transformados, por obra de tan buen método, en filósofos de las ciencias humanas; pero eso se advirtió oportunamente: tales problemas habían de asumirse en una antropología filosófica que recogiera al filósofo y su objeto. Los ocho estudiantes de la generación 64 le pedimos al maestro que nos diera el curso de Antropología Filosófica, y lo dio al año siguiente: fue un seminario, en realidad, basado en la lectura del capítulo V de *El ser y el tiempo* (“Temporalidad e historicidad”) de Martin Heidegger, algo que, debo decirlo, no resultó tan estimulante como el curso de Filosofía de las Ciencias Humanas, pero el resultado sí que fue bueno. La alusión constante a la historia de las ideas y, en particular, a la historicidad de



Xavier Zubiri, María Maeztu, Luis Recaséns Siches, José Ortega y Gasset, Juan Zaragüeta, Manuel García Morente y José Gaos, 1935

la filosofía misma llevó a cuatro de nosotros a pedirle que reabriera en el Centro su seminario de historia de las ideas para hacer en él nuestras tesis de maestría, y Gaos aceptó. Se iniciaría el primer semestre de 1966 y deberíamos prepararnos, para lo cual nos entregó una bibliografía que leímos en las vacaciones de fin de año. El horario fue el mismo, jueves por la tarde de 6 a 8, en la sala de juntas de la Dirección del Centro. La primera hora se dedicó a análisis de textos determinados, habiendo Gaos desplegado el suyo delante de nosotros en las primeras sesiones; en la segunda relató lo que había sido el seminario desde Leopoldo Zea, primer alumno becario de La Casa de España en México, hasta los que en esos días hacían con él la tesis en la Facultad de Filosofía y Letras. “Deben ver ustedes lo que he hecho para darse cuenta de lo que pueden esperar de mí en la dirección de sus tesis, en caso de que decidan quedarse.”

El horario cambió cuando Gaos regresó a El Colegio como profesor de tiempo completo

tras la renuncia a su condición de Emérito en la Universidad Nacional, debida a la falta de sanción a quienes habían tomado el edificio de la Rectoría y vejado al rector Ignacio Chávez, cuya renuncia él consideró nula, y la consecuente falta de las más elementales formas en la designación del rector Javier Barros Sierra. Como profesor de tiempo completo en El Colegio, Gaos se sintió obligado a dar un curso, además de continuar las labores del seminario de historia de las ideas, que ya para entonces había crecido, pues se sumaron otros y pronto entrarían los alumnos del programa de doctorado, que se fundó por su iniciativa.

Gaos llegaba los jueves poco antes de las 12, a partir de esa hora los asesorados pasábamos a dar cuenta del trabajo realizado en la semana, la quincena o el mes, según el caso; interrumpía la jornada hacia las 3 para tomar un refrigerio y descansar, y luego repasaba el texto de la lección sobre “Historia de nuestra idea del mundo”, curso que dio en el Auditorio a estudiantes y profesores de los centros de El Co-



José Gaos

legio en dos versiones, la primera de junio a octubre de 1966 y la segunda, ampliada, anotada y corregida, de enero a septiembre de 1967. El curso se publicó póstumamente en 1973 y la última edición en 1994, como tomo XIV de sus obras completas, cuyo plan comprende 19 tomos, pero hay para más.

Cada uno de quienes trabajamos con él podría contar lo que significó esa experiencia en su formación. Estaríamos de acuerdo en que nos convenció de lo importante que es pensar y determinar temas propios, en los que hallemos gusto y compromiso. El gran respeto y hasta temor reverencial que imponía su presencia se igualaba con la confianza que generaba. Hacía ver posibilidades y limitaciones para hacer que aquellas dieran de sí y superar efectivamente las segundas y, cuando no, asumirlas. De mi indecisión sobre ciertos trabajos y, sobre todo, del de la tesis me sacó magistralmente, pues luego de insinuarme algún tema que me interesaba pero no me entusiasmaba (la obra de José Gallegos Rocafull, cuyos libros me facilitó para trabajos de clase), me dijo: “Sé que está

usted trabajando sobre los antecedentes históricos del juicio de amparo para su tesis de abogado. La institución es importante y merece el estudio en el que se ha empeñado, no lo deje, no se disperse. En la de maestría podría hacerse cargo de las ideas que hay tras esa institución”. Lo cual me vino de perlas, pues a lo que llevaba investigado sobre el amparo virreinal (unos quinientos mandamientos de amparo sacados de los ramos de Indios y de General de Parte y algunas reales provisiones de la Audiencia de México) agregué diversos testimonios de protección sacados del mismo AGN, de colecciones impresas, y reforcé la lectura de la legislación y la doctrina de la época, con lo que compuse “Idea de la protección jurídica en Nueva España, siglos XVI y XVII”, tesis de maestría que defendí el 6 de septiembre de 1968, cuatro días antes que la de licenciatura en derecho (*El amparo colonial y el juicio de amparo mexicano. Antecedentes novohispanos del juicio de amparo*), que defendí el 10, cuatro días antes de salir a Estados Unidos. Debo decir que el análisis fenomenológico que me enseñó a hacer Gaos en la tesis de maestría lo apliqué en la de licenciatura en derecho, gracias a lo cual logré comparaciones fructíferas en la historia institucional. La seguridad que me dio Gaos en ambas tesis la había sentido en trabajos de clase, pese a que a veces sus comentarios eran duros, o más bien precisamente por eso, pues lo que había en realidad era un voto de confianza en el trabajo que se hacía en serio.

A ese voto de confianza que volvió a expresarme el último día que lo vi, una semana antes de su muerte, debo la posición de profesor en este centro. Durante las vacaciones de verano de 1969 andaba de visita en El Colegio, y Luis González me dijo “el doctor Gaos quiere hablar con usted”. Fui a su cubículo, era su hora de descanso. “Pase –me dijo–, ¿Cómo va en Stony Brook? Veo que está muy entusiasmado con un curso y lecturas de sociología del conocimiento. Déjese de distracciones, doctórese pronto

aunque sea mal [así como suena]. Regrese al Colegio, aquí seguirá investigando. Mire, necesito que se haga cargo de algunos alumnos del seminario, estoy cansado y tengo que operarme del corazón, como bien sabe. He pospuesto la operación más de lo que debiera.”

Sobre el escritorio había notas, trabajos de alumnos corregidos y comentados con la letra que había visto en los míos, en sus cartas y que luego vería en muchas partes al hacerme cargo de las tareas que se me encomendaron en este centro cuyo 70 aniversario estamos celebrando.

Por personal que sea ese recuerdo de mi trato personal con José Gaos, tiene mucho de lo que he aprendido de quienes convivieron con él y de quienes han estudiado su obra, de lo que he podido ver gracias a la generosidad de su familia, particularmente de su hija Ángeles, quien me confió documentos que ahora obran en el Archivo del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional y en el de El Colegio de México y, últimamente, del trabajo de Aurelia Valero Pie, cuya investigación para la tesis doctoral que elabora bajo la dirección de Guillermo Zermeño va siendo, hasta donde alcanzo a ver, la primera y más ambiciosa apreciación de los archivos y obras mencionados, de la correspondencia de José Gaos y Alfonso Reyes que reunió y publicó aquí en El Colegio Alberto Enríquez Perea y, en fin, de los muchos testimonios en los que debe hacerse la biografía intelectual que espero ver pronto como tesis defendida y, en su momento, como libro.

Podría embarcarme en una lista interminable de personas con las que he compartido y comparto el interés y la memoria de José Gaos, pero debo terminar y lo haré destacando tres cualidades que esa socialización de su personalidad nos impone: vocación, responsabilidad y compromiso.

La *vocación*, qué duda cabe por lo que vimos al hablar de los cursos y seminarios y por lo que



José Gaos entre clases

leemos en sus *Confesiones profesionales* (escritas y leídas en 1953, al cumplirse los 25 años y publicadas en 1958, al celebrarse los 30 de su magisterio en México); en las cartas de juventud y de madurez, madurez que no llegó a la senectud, pues pese a la enfermedad del corazón que lo obligaría a disminuir (esto mínimamente o, si se quiere relativamente) su ritmo de trabajo, no dejó de investigar, de enseñar ni de escribir. Lo hizo con ánimo esforzado, pese a la advertencia médica y al desengaño al que lo llevaron las filosofías que profesó, como lo muestran sus libros *De la filosofía* (curso de 1960) (que es su Filosofía de la filosofía), *Del hombre* (curso de 1965), su antropología filosófica, publicado póstumamente en 1973 y también su *Historia de nuestra idea del mundo*, donde la filosofía se ve como parte beligerante en las batallas del pensamiento, en una guerra que parece perdida ante el triunfo aplastante de la técnica, del *homo faber* sobre el *homo sapiens*.

Obra de *responsabilidad* es la expresión del profesor de filosofía que, finalmente, sabiéndose más profesor que autor, se empeñó en

*José Miranda, la huella*²

«Las cargas de los indios mexicanos en el siglo XVI están íntimamente enlazadas con la principal de ellas, el tributo, y por este motivo hemos creído pertinente examinarlas, sobre todo en relación con la que es objeto de este trabajo, dentro del capítulo que dedicamos a los temas preliminares. Esas cargas experimentan en dicho siglo una gran evolución, en la que cabe distinguir tres etapas. 1. La primera, que llega hasta la mitad de la sexta década, se caracteriza por la particularidad de las cargas, y consiguientemente por su pluralidad. En ella, a cada gasto corresponde una carga especial. Hay tantas cargas como necesidades colectivas deben satisfacer, con prestaciones materiales o personales, los indios. ¿Cuáles son esas cargas? Además del tributo, las siguientes, que presentamos agrupadas conforme al orden que estimamos mejor: A) Ordinarias...»

¿Por qué he empezado así? Porque cité el párrafo inicial de uno de sus libros y porque José Miranda empezaba sus trabajos así. Sin preámbulos, directamente al grano. Nunca llenó páginas con prólogos amables ni derrochaba pa-

¹El Colegio de México, Coloquio “El Centro de Estudios Históricos y su producción historiográfica: Balance y crítica”, 2 de diciembre de 2011. Doctor en historia, Universidad de Harvard, 1980. (Redacción.)

²Gijón, España, 22 de julio de 1903-Sevilla, España, 27 de noviembre de 1967. (Red.)

labras con explicaciones ni agradecimientos. Empezaba así, como empecé yo. Del mismo modo terminaba sus publicaciones.

Desde luego, el rostro austero de sus escritos académicos era exactamente eso. Pienso que era un estilo personal que reflejaba su profunda honestidad académica, libre de maquillajes. No conocí nada de sus escritos personales, en los que tal vez saludaba, se despedía y usaba expresiones más coloquiales. Pero, escritos aparte, puedo dar testimonio de su refinada educación y de la gracia y soltura con que podía expresarse. Por ejemplo, a mí me designó, con mucho tino, “amarrador mayor”.

Para que esto se entienda será necesario que refiera una aventura en la que Miranda nos hizo participar a mí y a mis compañeros de generación de la licenciatura (que entonces se llamaba maestría) en el Centro de Estudios Históricos durante el primer semestre de 1967. También será necesario incorporar a un tercer actor en la persona de Antonio Pompa y Pompa, que por aquel tiempo era pintoresco director de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. El escenario fue la ciudad de Puebla, y el punto de partida una situación nada extraña en aquellos tiempos. El Archivo Judicial de Puebla estaba siendo vendido o a punto de ser vendido como papel, y había que rescatarlo a como diera lugar. Pero al parecer no se podía hacer nada des-



José Miranda



Antonio Pompa y Pompa

de acá porque dicho archivo estaba, si recuerdo bien, bajo jurisdicción del Ayuntamiento, en el mismo edificio que alberga la Biblioteca Palafoxiana, que todavía no era, como hoy, maravilla de la humanidad o como le llamen. Acaso era el edificio vecino. Uno u otro, todo ello estaba, más bien, cubierto de polvo, lo cual agredirá los principios asépticos de los archivistas y bibliotecarios de hoy pero, en cambio, era una delicia para los historiadores que supimos lo que era investigar sabrosamente. El caso es que entre José Miranda y Antonio Pompa y Pompa elaboraron un esquema para extraer el archivo de ese lugar y llevarlo a un local bajo jurisdicción federal, cual era la Casa de los Hermanos Serdán, donde estaría a salvo de los fabricantes de cartón. Wigberto Jiménez Moreno no participó en esta aventura, pero, como gran amigo de Miranda, seguramente estuvo al tanto y creo que lo comentamos alguna vez. Desde luego, la

operación era ilegal –digamos que “irregular”– y debía hacerse encubierta y rápidamente, con la seguridad de que los guardianes del lugar mirarían para otro lado. También se requería un grupo de trabajo que se asegurara de lo más elemental: pasar los paquetes de documentos de la bodega donde estaban a un camión de mudanzas. O dos, no recuerdo. Qué mejor grupo de trabajo que un puñado de estudiantes de historia. Ahora me pregunto qué habría pasado si nos meten a la cárcel...

Pero no pasó nada. La operación se realizó exitosamente, y luego siguió lo que tenía que seguir: arreglar lo mejor posible esos documentos en su nueva casa, semiordenarlos (desde luego que sin deshacer los expedientes, como hacen los expertos de hoy) y elaborar un somero catálogo. La tarea implicó siete viajes de dos días a Puebla (viernes y sábados en semanas alternadas) y un octavo viaje de cinco días, en cada

uno de los cuales el tiempo se repartía entre el trabajo con los documentos y largas conversaciones sobre mil temas, fuese a la hora de la comida o durante las veladas, con Miranda, Pompa y Pompa y algún otro asistente ocasional. Era muy divertido cómo íbamos comentando los documentos interesantes que encontrábamos. Desde luego, también visitamos diversos archivos de la ciudad. Supongo que podríamos haber continuado por largo tiempo, pero se puso punto final a fines de mayo, tal vez porque Miranda se disponía a viajar a España. El caso es que nuestra aventura llegó a su fin. El catálogo terminó en la Biblioteca de Antropología, donde seguramente todavía está disponible para su consulta. El archivo se mantuvo, supuestamente, “en catalogación” durante largos años durante los cuales nadie lo pudo consultar. Misterios de la política local.

Un burócrata de los acuerdos de Bolonia jamás lo entenderá, pero lo que una operación como esa significó, en términos de aprendizaje analítico, ejercicio de la vocación, adquisición de conocimientos y práctica empírica con la herramienta fundamental del trabajo de historiar, está por encima de cualquier puntaje que se le quiera aplicar. Y esto no sólo por lo extraordinario de la experiencia en sí, sino porque al frente de ella estaba José Miranda, con su igualmente extraordinaria capacidad para conducirla a un resultado a todas luces positivo. Tal vez no habría sido tan memorable de no haber sido él quien nos brindara esa aventura.

Lo de “amarrador mayor” me lo puso Miranda un día en que estábamos consolidando paquetes. Todo estaba muy organizado. Nos repartíamos los expedientes, asentábamos los datos en el catálogo y hacíamos otras tareas en conjunto, pero en cierto momento se vio que mi especialidad era cortar un pedazo de cordel y hacer un amarre con todo y nudo, firme, preciso y parejo en un dos por tres. Así que la tarea de amarrar los legajos no se hizo más de manera conjunta. Se me encomendó a mí. Nadie duda-



Biblioteca Palafoxiana, Puebla

rá del buen ojo de Miranda para asignar a cada quien el papel que mejor desempeñaba, ni de la gracia con que lograba que su víctima aceptara su suerte con gran placer.

Las conversaciones con José Miranda, por suerte, no se limitaron a esas jornadas memorables, sino que se extendieron a lo largo de los cursos que nos dio, de manera que discutir con él era ya una costumbre bien arraigada. El primero de esos cursos fue una “Historia de la historiografía”, en el segundo semestre de 1964, con cuatro horas semanales. Fue un impresionante repaso de la producción historiográfica europea e hispanoamericana desde la antigüedad hasta el siglo XIX, y para nosotros, estudiantes todavía muy verdes, uno de los ejercicios intelectuales que más nos motivó.

Para decir la verdad, a Miranda no le gustaba dar clase; no, al menos, lo que normalmente se entiende por dar clase. Por tanto, no desperdiciaba oportunidad de convertir las horas de sa-



Llegan los exiliados republicanos españoles a Veracruz

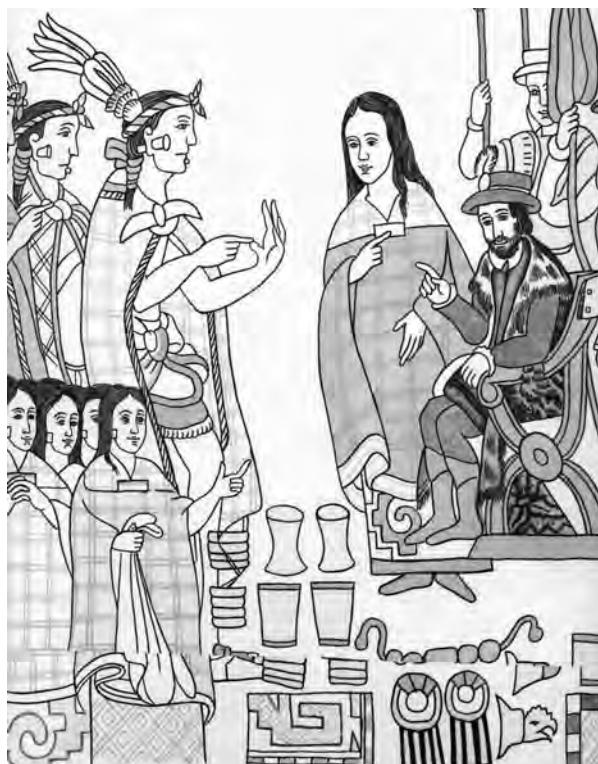
lón en un diálogo que partía de alguno de los temas formales del curso para desembocar en una discusión de carácter historiográfico, político o económico, pero sin dar lugar a que derivara en charla intrascendente. Esto ocurría sin necesidad de recurrir al formulismo de convertir a la clase en seminario donde alguno de nosotros presentara su trabajo en forma de ponencia, aunque a veces así ocurría. De un modo u otro, pasar las horas con Miranda era agradable e instructivo, y por algo fue que, después de haber tenido el primer curso con él, a petición nuestra se modificó el plan de estudios (que no era muy rígido) para dar cabida a un segundo que no estaba previsto. Así fue como nos impartió, en el primer semestre de 1965, “Teoría y método de la historia”, en el que Miranda, fastidiado y encantado a la vez, tuvo que cubrir un programa de cinco horas semanales. Basta ver las notas de clase, con encabezados como “Cientificidad de la historia”, “Inmanencia del conocimiento histórico”, “La verificación de objetividad” y “El

discurso constructivo” para entender por qué ese curso era fuente inagotable de discusiones. El último punto que tocó fue el de la sensibilidad humana. Buen historiador que era, José Miranda.

Las discusiones eran acaloradas, sin duda, y al respecto de ello Miranda tenía fama de bravo. Como ésta es una semblanza personal y no un intento de biografía, no he de decir casi nada de sus actividades en El Colegio de los años cuarenta del siglo xx, cuando fue profesor de las primeras generaciones de historiadores formados aquí, pero en diversos testimonios queda asentado que las discusiones en sus cursos eran muy animadas. Puesto que Miranda tenía un pasado activo en los medios universitarios y en el cultivo de las disciplinas jurídicas, a más de su experiencia en la Guerra Civil española, no es de extrañar que se desempeñara de manera muy apasionada. Pero no puedo decir eso a partir de lo que presencié, porque mi impresión fue diferente. Tal vez sea que lo conocí cuando él

tenía 61 o 62 años y, realmente, no me lo puedo imaginar más joven, y mucho menos como el personaje hosco y agresivo que aparece dibujado en las memorias de otros. El recuerdo que me ha quedado es, más bien, el de un hombre dulce, profundamente tranquilo y muy en paz consigo mismo.

Su vida no debe de haber sido fácil, al menos no después de la guerra y en el exilio, ni aun cuando ya había sido cobijado por El Colegio y podía disfrutar de cierta estabilidad. Por lo que sabemos de la institución en sus primeros tiempos (antes de 1960), lo que pagaba era muy poco y los profesores tenían que recurrir a un sinnúmero de actividades para subsistir. José Miranda, además, tuvo que afrontar una larga enfermedad de su esposa, la lingüista María Teresa Fernández, que llegó a depender de él totalmente hasta su muerte en 1966. Pero nunca descargó sobre nosotros las angustias por las que debió de pasar. Miranda vivía entonces en un bonito departamento de la calle de Leibnitz, aunque lo oí quejarse una vez de ciertos vecinos que hacían fiestas tan ruidosas que lo obligaban a buscar refugio en el único lugar del departamento donde podía trabajar tranquilo: la tina de baño. A veces se quejaba también, muy discretamente, de que en El Colegio lo pasaban de largo en ciertas decisiones académicas en las que al menos debía haberse tomado su opinión. Crítico, sin duda; agresivo, no. Hacía y dejaba hacer. Conocía su lugar y lo ocupaba con extraordinaria elegancia. Ciertamente, a pesar de su anterior experiencia en la política, Miranda ya había dejado atrás el activismo, y no se unió, o al menos a mí no me lo pareció, al nutrido grupo de intelectuales españoles que se aprovecharon del prestigio del exilio para hacerse de un halo protector o sacar ventaja de las buenas conexiones que esa posición les daba. El hecho de que haya decidido viajar a España en 1967 (acción impensable en muchos de los exiliados) dice mucho respecto de que supo enfrentar serenamente el pasado que había dejado atrás.



Teuhtli, Cortés y Marina, Lienzo de Tlaxcala

En el segundo semestre de 1966 nos impartió “Hispanoamérica colonial”, curso que había perfeccionado después de varios años de impartirlo en la Universidad Nacional. Era un buen panorama socioeconómico, marcado por los conocimientos mayormente jurídicos e institucionales que se tenían hasta el momento, y bastante inclinado al periodo formativo de la sociedad colonial. Con cuatro horas semanales, hubo ocasiones de sobra para que nos diera oportunidad de acercarnos a los temas que mejor había desarrollado, como las instituciones políticas, la ganadería y la propiedad. Desde luego, ahí hizo presencia el Miranda especialista en el tema del tributo y el trabajo. Como todos sabemos, su libro *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo XVI* había salido en 1952 y seguía siendo (como aún hoy) el estudio más acabado al respecto, pero sobre todo el más estructurado. De hecho, la extraordinaria concepción de este libro es muy sencilla, pues se basa en fuentes limitadas, pero analizadas, disectadas, examina-



Entrega de varas a caciques, Códice Osuna

das, entrecruzadas, de manera tan magistral que dejan pocas o ninguna arista sin revisar, trátese de su desarrollo, naturaleza, relaciones, componentes, procedimientos o cualquier otro de los elementos que lo integraban funcional e institucionalmente. El párrafo que cité al principio proviene de ese libro. A él siguieron varios artículos sobre temas más o menos afines, no muy numerosos pero sí muy atinados. Creo que José Miranda era un extraordinario especialista por la sencilla razón de que se especializó tarde en su vida. Cuando, llegado a México, se enfrentó por primera vez con una historia y con documentos que reflejaban un contexto nuevo para él, tenía la mejor herramienta con que se puede abordar la investigación: amplia perspectiva y sentido común. Lejos estuvo de formarse como historiador de mirada fija.

Cuando ocurrió nuestra aventura en Puebla, Miranda ya no nos daba clase y nuestro grupo estaba en su último año, encaminándose a la etapa final, la de la tesis. Por entonces los temas coloniales pesaban bastante en las

preferencias del grupo y varios pensábamos en que él sería el director ideal, o ya lo tratábamos como tal. No recuerdo la fecha de la última vez que lo vimos, pero fue en el aeropuerto, donde lo fuimos a despedir. No era un maestro cualquiera que se iba; sino más bien, a nuestros ojos, un guía que se adelantaba a hacer investigaciones que después nosotros seguiríamos. Su final, pocos meses después, fue abrupto. Tan abrupto como los párrafos iniciales (y finales) de sus libros. Cuando nos enteramos de su muerte el sentimiento fue muy violento, y nuestra primera reacción fue la de organizar publicaciones y homenajes en su memoria. Todo eso estuvo muy bien. Pero, a 44 años y cinco días de que nos dejara, al participar en este breve recuerdo que se le hace, pienso que un hombre como José Miranda está por encima de cualquier homenaje de aniversario, ya que el mejor homenaje que recibe es permanente y está expresado en la propia huella que deja. Esto lo entiende perfectamente cualquier historiador. **CS**

Silvio Zavala: homenaje

En el epígrafe de una de sus obras, Silvio Zavala recogió una cita de Alejandro von Humboldt y otra de Joaquín García Icazbalceta en favor de una historia basada en la simpatía y en la verdad. El sabio alemán y el erudito mexicano abogaban por un historiador que uniera la sensibilidad compasiva ante la realidad histórica con el entendimiento y la medida. Bien sabemos que nadie elige sus epígrafes de modo fortuito. En el caso de Silvio Zavala, la pasión por los acontecimientos y sus actores —que pide Humboldt— se entrelazaría con la ecuanimidad a la que exhorta Icazbalceta. Así, en raro equilibrio, ambos dones han hecho de don Silvio uno de los más completos y logrados historiadores de esta América.

Desde 1933, cuando a los veinticuatro años publicó su breve pero original tesis doctoral sobre *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España*, hasta el resto de su obra monumental, este gran trabajador nos regaló unos trescientos títulos, amén de incontables cursos y conferencias. Sus discípulos en el salón de clase o en la letra impresa contrajimos con él una deuda de reconocimiento imposible de retribuir en toda su magnitud y complejidad.

A lo largo de su rica producción, Silvio Zavala transitó con igual soltura por espacios y tiempos diversos, desde la geografía americana hasta

la de otros continentes en contacto con nuestro Nuevo Mundo; desde el vasto territorio de la filosofía moral de los humanistas e ilustrados europeos hasta las ideas políticas de los socialistas y liberales del siglo XIX. Su obra es un sucederse, en planos múltiples y complejos, de encomendados e indios, de africanos y esclavistas, de amigos de la justicia y de la libertad y de sus adversarios; de reformadores tolerantes y de sus eternos enemigos. En este rico universo está también presente un interés esencial por la lengua de un pueblo, por el “estudio social del lenguaje y sus transformaciones”. Sin llamarse filólogo, Zavala ha compartido con los filólogos el interés por la palabra en sus más amplios enlaces con las diversas áreas del saber humano y reiterado su preocupación constante por el lenguaje como vínculo fundamental de todo hombre en sociedad. Esta atención al idioma —puesta de manifiesto en páginas muy diversas—, revela el sedimento de los años formativos transcurridos en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal convivían filólogos e historiadores. Sin duda, en las páginas de Silvio Zavala, nos encontramos sin cesar con un mundo plural, pleno de matices, de hombres, ideas y obras deslumbrantes.

Pluralidad de temas en momentos y mundos plurales que nos lanzan a una aventura del



Leopoldo Zea y Silvio Zavala

conocimiento. Don Silvio hizo suya la sentencia de Cristóbal Colón con que encabeza los dos tomos de su espléndida síntesis sobre *El mundo americano en la época colonial*: “Porque andando más, más se sabe.” ¡Cuánto nos hace andar Silvio Zavala y cuánto más saber! Con él aprendemos lo que nunca debimos ignorar: que la Nueva España, y México, están enlazados al conjunto de América, y esa América lo está al mundo entero, en unidades y diversidades múltiples. Con él también aprendimos que para captar la realidad histórica hay que reconocer, ante todo, su complejidad, evitando certezas inmutables, sentencias rotundas, perezosas ignorancias. Finalmente, con él aprendimos a estar atentos al pasado sin rechazar jamás lo mejor del presente, inmunes al canto de fáciles modas pero con oídos abiertos a las verdades de lo nuevo. Esta inteligencia universal significa tender los puentes que comunican a

cada hombre con la humanidad, y a todos con su pasado.

Silvio Zavala sabía con los clásicos que nada humano es ajeno a la historia. Pero también sabía que si bien el estudio del pasado no puede excluir los horrores para limitarse sólo a lo bello, el historiador tiene la doble misión de aunar la verdad con la búsqueda de valores que permitan refutar la terrible sentencia de Plauto de que “el hombre es lobo del hombre” (*homo homini lupus*). Don Silvio estudia ciertas formas opresivas en la Colonia: la esclavitud, el repartimiento forzoso y las ideas e instituciones que los refuerzan. Pero en su obra no cabe duda de su compasión por las víctimas, de su parentesco con quienes —como Las Casas y don Vasco—, contribuyen a la dignidad del hombre. La producción histórica del doctor Zavala está surcada por una tenaz búsqueda de las raíces de la libertad y de la justicia desde los al-

bores mismos de la sociedad colonial de nuestro continente.


Pero al Zavala estudioso hay que sumarle el Zavala maestro. Esta vertiente la desarrolló con devoción desde la creación misma del CEH, el 14 de abril de 1941, cuando contaba con escasos 32 años. No voy a narrar esa historia, sobre la que ya he escrito en otras páginas. Solo quiero recordar, para quienes no estén familiarizados con estos orígenes, que la elección de la fecha no fue casual, pues simbólicamente, marcaba el 10° aniversario del establecimiento en España de la Segunda República, donde el propio Zavala había hecho sus estudios de posgrado y comenzado su carrera de historiador. En 1941, el recién creado Colegio de México agrupaba a un pequeño grupo de historiadores exiliados que, con Zavala a la cabeza, formaron el núcleo de los maestros que dieron vida al que es hoy este centro.

Todos sabemos que Silvio Zavala ha sido maestro de muchas generaciones de estudiosos de la historia del mundo americano. Esta vertiente magisterial –y magistral– de don Silvio la hemos conocido quienes fuimos sus alumnos en el salón de clase. En el Zavala maestro conocimos al hombre cuya exigencia primera de sí mismo hacia nosotros era que lo que se expone para el entendimiento de los demás debe quedar perfectamente claro y lo más preciso posible, sin palabrerías y desplantes de la imaginación ante la realidad estudiada. Para él era igualmente fundamental que en el curso de nuestra formación como estudiantes de historia nos ejercitáramos en el análisis del documento y de la realidad que lo engendra, en el examen directo de las fuentes y en el análisis riguroso y literal de las mismas. Don Silvio ejercía esta docencia con convicción, intentando alejar a sus alumnos de las tentaciones de las modas efímeras, de los lenguajes crípticos y, desde luego, de las rutinas y perezas del entendimiento. No se trataba solo de un mayor conocimiento sino, ante todo, de una mejor

comprensión, de fomentar un sentido crítico, informado, inteligente, en el sentido etimológico del término.

En nuestra aventura de conocimiento diestramente dirigida, reconocíamos que Silvio Zavala no era ajeno al debate académico, pero también apreciábamos su profundo disgusto ante las imposiciones contrarias a la razón, los dogmas ajenos a la duda, las verdades absolutas tan lejanas de las provisionales verdades del conocimiento. Aprendíamos que detestaba todo aquello que fuera excluyente: ni capillas, ni partidos. Su pasión era simple y sencillamente una preocupación por las infinitas posibilidades del conocimiento.

Silvio Zavala fue un maestro también al advertir que el mundo académico, cultural e intelectual no se deben someter al poder. Aun estando cerca del poder, supo mantener muy clara la distancia que existe entre el deber del intelectual y el compromiso del político, y la trabajosa independencia que eso conlleva, sin concesión a las presiones y seducciones que el poder político intenta ejercer de modo incesante sobre individuos e instituciones culturales y académicas en este, nuestro pequeño mundo. En contraste con muchos colegas de antaño y hogaño, el mérito de Silvio Zavala fue querer destacar en la vida académica, ante todo, por el valor de su obra, lo cual se le reconoció en 1993 con el otorgamiento del Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales.

En conclusión, con Silvio Zavala, sus amigos y discípulos aprendimos que la historia es un lento y largo aprendizaje, y con su ejemplo nos enseñó que la juventud también se alimenta de la pasión por el estudio fecundo y creador. ¡Sin duda esto explica su juvenil fortaleza intelectual durante larguísimas décadas, y la excepcional vitalidad que lo ha llevado ahora a cumplir 103 años de vida! Con estas palabras, vaya hoy para él, fundador y primer director de este Centro, no solo mi homenaje personal, sino el de todos. 



Berta Ulloa y Luis Muro

Berta Ulloa

Dedicación, rigor, pasión y compromiso

Berta Ulloa dedicó muy poco de su tiempo a la docencia, fue más bien investigadora. Así que, en el sentido tradicional del término, no fui su alumna en un salón de clases, más bien aprendí de ella a través de sus trabajos y me maravilló, desde el momento en que la conocí, su afabilidad y su sencillez.

Atiendo la petición del Director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, quien nos solicitó un testimonio personal. Cuando apenas cursaba la licenciatura en la UNAM, tuve la privilegiada oportunidad de ser becaria en el programa de historia de la Revolución Mexicana, bajo la dirección de don Daniel Cosío Villegas y la coordinación de don Luis González, precisamente en el equipo que debía elaborar los primeros tres tomos de la colección, el encabezado por el maestro Eduardo Blanquel. La estructura de los ocho grupos que integraban el proyecto era jerárquica: el autor o los autores responsables del periodo, uno o dos ayudantes de redacción, y luego, los lectores. Yo pertenecía a este último sector, la base de la pirámide.

Aunque becarios de El Colegio, nos albergaron en un edificio de las calles de Córdoba, cercano al edificio de Guanajuato, y los grupos de Blanquel y Ulloa ocupábamos el mismo espacio en el primer piso: al fondo de un largo salón estaban dos cubículos cerrados para que los jefes

trabajaran en absoluta privacidad; afuera, por un lado, se encontraban los escritorios personales de los redactores auxiliares, y por otro, las largas mesas en las que trabajábamos los lectores. El horario: justo, de 9 a 2, con un descanso a las 12, que aprovechábamos para tomar el café y platicar.

Quien conoció a Berta Ulloa sabe que, desde el primer día, nos saludó amablemente, aun a los “plebeyos”, y se presentó sonriente y sencilla, no obstante que para ese momento ya era conocida y reconocida por su *Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas México-Estados Unidos: 1910-1914*, libro extraordinario. Poco a poco, Berta nos obligó a tutearla, y no obstante que esta no era una costumbre común, ella nos brindó la confianza para hacerlo. Con ella colaboraban el inolvidable Segundo Portilla, Rita Kurt y Cecilia Brown. En la “fábrica de historia”, como le decíamos, veíamos pasar a Lorenzo Meyer, quien, aunque muy joven, compartía la responsabilidad de un equipo, lo mismo que a Jean Meyer o a don Luis. A los pocos meses, algunos becarios quisieron fundar un sindicato y la fábrica se cerró. Algunos equipos se reorganizaron, uno desapareció por completo, y se incorporó el grupo encabezado por el Dr. Álvaro Matute. Los integrantes de las huestes de Berta Ulloa y el maestro Blanquel nos mantuvimos.



Bertha Ulloa, Luis Muro y Moisés González Navarro en el Seminario de Historia Contemporánea, 1961

En esta reorganización, pudimos trabajar directamente con don Daniel, o más bien fuimos interrogados inquisitorialmente por él respecto a nuestras actividades. Pero, recalco, pasamos la prueba y seguimos en la fábrica; sin embargo, nos distribuyeron en dos edificios, unos nos quedamos en Córdoba y otros se fueron a una vieja casa de las calles de Chihuahua. Así, durante tres años, estuve en contacto indirecto con Berta, quien a veces nos ayudaba a resolver dudas. Ahí pude observar muchas de sus cualidades: disciplina en el trabajo, constancia, rigor, buen ánimo y la mejor disposición para atender a quien requiriera de su apoyo. Asimismo, también pude darme cuenta de quiénes eran sus amigos y cuánto la querían: el propio don Luis, el Dr. Moisés González Navarro, Luis Muro (prueba de esta amistad fue la publicación de *Guía del Ramo Revolución Mexicana, 1910-1920, del Archivo*

Histórico de la Defensa Nacional y de otros repositorios del gabinete de manuscritos de la Biblioteca Nacional de México, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1997, que éste había elaborado y no había sido editada).

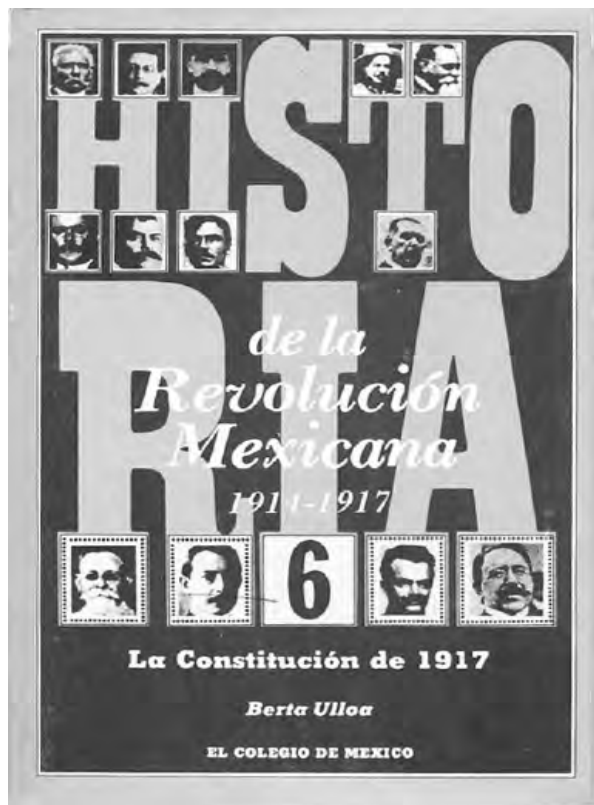
Los becarios terminamos nuestro trabajo, y sólo quedaba que los responsables concluyeran el suyo. Berta Ulloa fue una de las que lo hizo: tres libros fueron su aporte: *La revolución escindida*, *La encrucijada de 1915* y *La Constitución de 1917*. Los tres, un referente obligado para ese periodo. Incluso, este último en tiempos recientes ha sido un apoyo fundamental para Ignacio Marván en sus análisis sobre el Constituyente de 1916-1917. El trabajo riguroso y abarcador de Berta permite, aun hoy en día, que uno pueda encontrar líneas de investigación por desarrollar, y cuente con la certeza de que su información es precisa.

Quizás valga la pena recordar que, cuando yo aún no terminaba la licenciatura, en 1974, en el curso de Historiografía contemporánea de México invitamos a varios historiadores para que, una vez leídos sus trabajos, los interrogáramos sobre sus concepciones históricas: recuerdo a Enrique Florescano, Luis Villoro, don Edmundo O’Gorman y también a Berta Ulloa. Ella iba bajo la etiqueta de “neopositivista”, lo que en el lenguaje pedante estudiantil significaba básicamente una acumuladora de hechos, de datos.

Cuando se le hicieron las preguntas que teníamos preparadas –qué mueve la historia, a dónde va, qué papel tienen los hombres, ¿es la historia un proceso?, ¿hay leyes en la historia?, ¿es posible alcanzar la verdad?, ¿qué hay de la parcialidad?–, ella respondió que nunca se había detenido a pensar demasiado sobre estas cuestiones, pero empezó a dar cuenta de los asuntos, y sus opiniones, muy de la época y quizás tradicionales, estaban muy lejos de corresponder a un neopositivismo. En sus trabajos, si bien no hay respuestas ampulosas ni contundentes sobre qué es la revolución, hay interpretaciones claras con respecto a los procesos que narra. No era una autora que permaneciera al margen de su investigación. Tampoco era de las que tomaban partido: no olvidaba que, aunque la historia es subjetiva, el historiador debe actuar como si pudiera alcanzar la objetividad y la verdad, como bien nos lo recuerda don Luis en *El oficio de historiar*.

Don Daniel no pudo ver concluido el proyecto que lo llevó a la historia, pero que pospuso para abrir paso a la *Historia moderna*: esa larga etapa orientada a comprender mejor el proceso que le interesaba a partir de la República Restaurada. Con el paso del tiempo, El Colegio de México se mudó a su actual sede y, en ocasiones, cuando visitaba la biblioteca, yo pasaba a saludar a Berta, quien siempre mantuvo la puerta de su cubículo abierta tanto a los colegas como a los estudiantes.

El maestro Blanquel falleció en 1987, y a los 15 días murió su hijo mayor al lado de uno de



los sobrinos de Berta Ulloa, piloto y copiloto de un helicóptero accidentado. En la misma agencia compartimos la pena de semejantes pérdidas.

Por azares de la vida, tanto mi tesis de maestría como la de doctorado se enfilaron hacia el terreno diplomático; en ambos casos fue mi lectora, pese a que no pudo participar en el examen doctoral. Cómo olvidar que, al revisar el trabajo y comentarlo, frente a mi afirmación: “En los primeros días de marzo de 1913, Woodrow Wilson tomó posesión de la presidencia de los Estados Unidos”... ella me indicó llanamente: “el 4 de marzo.” Así es de exacto su trabajo. Supongo que llegó a tal precisión a partir de su manejo de las fuentes documentales.

Cuando traemos a colación a los historiadores importantes, siempre pensamos en sus obras cumbre, no recordamos que, para llegar a ellas, antes se trabajó mucho, mucho, en esas tareas menores que les proporcionaron las herramientas para labores de más altos vuelos.



El Castillo de Chapultepec hacia 1900

Berta Ulloa estudió historia en la UNAM y tomó algunos cursos en la ENAH con don Wigberto Jiménez Moreno; de 1951 a 1957 se hizo cargo del Centro de documentación del Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec. Allí, algunas de sus actividades consistieron en preparar catálogos y conservar archivos, microfilmándolos. Ya contaba con algunas publicaciones cuando don Daniel la invitó a incorporarse a El Colegio; para ello, se solicitó a la SEP que se le comisionaran las clases que daba en la Prevocacional 3 del IPN, porque la institución no tenía recursos para pagar sus honorarios. Este hecho nos permite reflexionar sobre cómo han cambiado los tiempos y cómo, al profesionalizarnos, quizá hemos perdido pasión y entrega. Berta también dio clases de 1955 a 1959 en la Universidad Iberoamericana.

Don Daniel repartió actividades, a unos los envió a la búsqueda de libros, a otros, de periódicos, de ahí salieron las *Fuentes de la historia contemporánea de México*. A Berta Ulloa y Luis Muro les encomendó ir tras los documentos. La maestra se instaló en la Secretaría de Relaciones Exteriores: como resultado de ese trabajo tenemos los libros que aún son tan útiles para consultar el Archivo Histórico de esta dependencia.

De esta etapa, decía con sencillez, orgullosa y agradecida:

Tuve la fortuna de pertenecer a uno de esos equipos de trabajo donde aprendí desde localizar las fuentes primarias indispensables para nuestras labores, hasta cómo leer entre líneas y averiguar los motivos ocultos de la política. Mis colegas de las Fuentes para la historia de la *Revolución Mexicana*, con sus enseñanzas, fueron tan maestros míos

como el propio don Daniel. De ellos aprendí a analizar, evaluar, redactar y corregir escritos, y a recibir sus críticas sin sentir que se me derrumbaba el mundo.

Posteriormente, Berta Ulloa salió del país para localizar más papeles sobre México en los archivos y bibliotecas estadounidenses, y después, para realizar la misma actividad, fue a Uruguay y Argentina.

Hasta 1964 se le reconoció el estatus de investigadora para realizar un trabajo sobre la política exterior de 1910-1917. De ahí salió *La Revolución intervenida*. Colaboró también con la *Historia general de México*, “La lucha armada: 1910-1920”. De 1970 a 1975 estuvo al frente del seminario de historia diplomática e impartió el curso de Revolución Mexicana en 1971 y 1972. En los años ochenta fue directora del Centro de Estudios Históricos. Después, siguió su trabajo: investigando, coordinando, escribiendo... localizando documentos.

Una de sus pasiones fue coleccionar piezas arqueológicas de la zona de occidente, principalmente (su familia era originaria de lo que hoy es Nayarit, si bien vivió algún tiempo en Veracruz, entidad a la que dedicó una parte importante de sus esfuerzos). Esta colección le fue entregada a El Colegio por su familia, pues ese fue el deseo de Berta, después de que falleció en 2003.

Afortunadamente, la maestra Ulloa recibió homenajes y premios en vida, además del cariño de sus amigos y su familia, por el trabajo desarrollado.

Hacia el 2005, el Conacyt publicó cuatro volúmenes que integraban las biografías de personajes ilustres que habían forjado la ciencia y la tecnología mexicanas. Una vez publicados, se percataron que no habían incluido mujeres –*también* invisibles en la ciencia. Así que se preparó un quinto volumen sólo para ellas. Álvaro Matute insistió en que ese volumen debía incluir la vida de Berta Ulloa y sugirió que yo podía hacer su biografía. Así pude acercarme



Protesta por la ocupación estadounidense de Veracruz, 1914

aún más a Berta y acrecentar mi admiración, que no mi afecto, pues ese ya se lo había ganado completo desde mucho tiempo atrás. El año pasado, además, pude hacer una antología suya; el objetivo: que las nuevas generaciones puedan acceder fácilmente a sus trabajos dispersos.

Un día, respondiéndome preguntas, me di cuenta de que Berta Ulloa fue la primera mujer que se dedicó al estudio de la Revolución Mexicana, en una época en que se sostenía que esta etapa no podía considerarse histórica debido a su cercanía, porque aún no había “perspectiva histórica”. Cuando se lo comenté, ella se sorprendió, pues no se había dado cuenta del carácter pionero de su trabajo femenino. Pero creo que, además de sorprendida, también se sintió satisfecha y seguramente orgullosa. Siempre que puedo lo repito: Berta Ulloa fue la primera mujer historiadora que estudió la Revolución Mexicana, pero no sólo eso: además, *sigue siendo* ejemplo de dedicación, rigor, pasión y compromiso.



Juan Prim y Prats, Conde de Reus

*La intervención tripartita se vuelve francesa Marzo-abril de 1862**

Al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México

En estas fechas en que conmemoramos los ciento cincuenta años de la Batalla de Puebla, me pareció interesante situar este acontecimiento en su contexto histórico, el cual fue mucho más complejo e intrincado de lo que en la actualidad se recuerda. Incluso la naturaleza misma del hecho, la victoria militar sobre el ejército invasor, tiende a centrar la atención sobre la batalla misma e invita a abreviar las causas que la provocaron. En esta ponencia, me propongo mostrar lo difícil que fue organizar la intervención tripartita debido tanto al juego de poder entre las potencias como a las reticencias y distintos pareceres dentro de sus propios gobiernos. La consecuencia de esta dificultad y complejidad fue que, a escasos cuatro meses de haber llegado a tierras mexicanas, los comisarios al frente de la expedición rompieran el acuerdo firmado en Londres y que la intervención pasara de ser tripartita a ser solo francesa.

Empezaré por recordar que la llamada “cuestión de México”, que desembocaría en la inter-

vencción tripartita, tardó varios años en tener su impacto en Europa, mientras que en México, desde 1856, el periódico francomexicano *Le Trait d'Union* advertía:

Hay acontecimientos que se presienten, que se ven venir, que deben llegar infaliblemente [...] Entre dichos acontecimientos debemos situar la próxima intervención de las grandes potencias europeas en los asuntos de América [...] América no puede quedarse como está; de dos cosas una: o el Norte absorbe al Sur o una poderosa intervención vendrá a proteger al débil del fuerte y restablecer el equilibrio perdido [...] México está llamado, por su posición, a convertirse en el pivote sobre el cual el equilibrio deberá restablecerse.

Para aquel momento, el afán expansionista de Estados Unidos parecía no tener límite, al tiempo que la percepción de los representantes diplomáticos acreditados en nuestro país era que éste no podría sobrevivir a sus constantes crisis políticas ni cumplir con sus compromisos pecuniarios contraídos con el exterior si no era con el “apoyo” de alguna potencia. Así lo comentó el plenipotenciario de Estados Unidos, John Forsyth, a su gobierno:

México debe apoyarse en alguna potencia ¿será la Europa o Estados Unidos? Yo respondo sin titubeos que Estados Unidos, por toda consideración de humani-

¹Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

²Ponencia presentada en el coloquio “150 Años de la Batalla de Puebla”, 22 de mayo de 2012, El Colegio de México.



Napoleón III hacia 1870

dad, buena vecindad y sana política. De ser Europa, puedo prever una multitud de contingencias que harán de México el campo de batalla para el mantenimiento de la supremacía norteamericana en el continente [...].

Dicho señalamiento, muestra clara de las doctrinas Monroe y del Destino Manifiesto, no podía más que venir a reforzar las advertencias de los diplomáticos europeos de que México sería absorbido por Estados Unidos y de cómo ello afectaría el equilibrio en América.

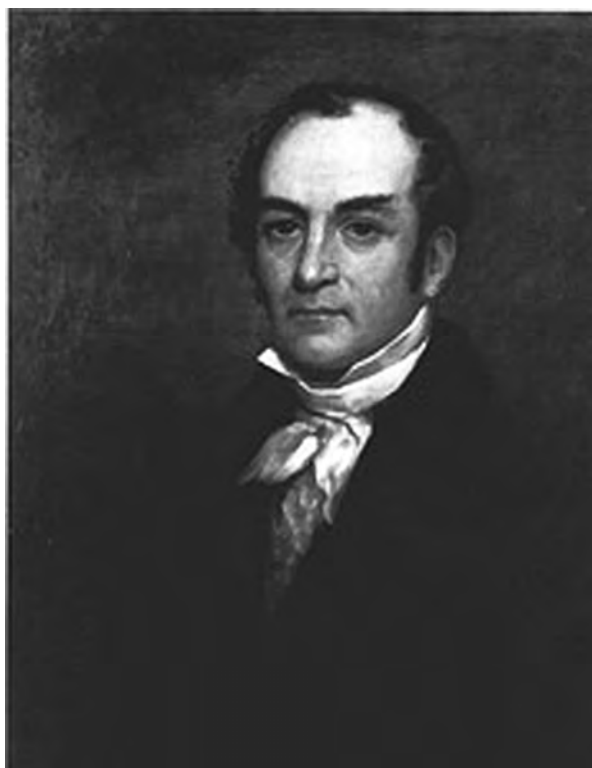
Europa, sin embargo, no dejaba de ver a México como un país periférico; además, estaba concentrada en los problemas de su propio continente y en su expansionismo en Asia y África. Si contrastamos las percepciones y recomendaciones de los representantes europeos en México respecto a la política por seguir, con las respuestas de sus respectivas Cancillerías, salta a la vista la escasa reacción —y aun la poca importancia— que éstas daban a lo que sucedía aquí.

Ejemplo muy claro de ello son los informes que el plenipotenciario mexicano en Madrid envió al ministerio de Relaciones sobre las instrucciones santanistas de buscar la alianza defensiva y ofensiva entre México y las potencias europeas. En España, señaló, los ministros estaban demasiado preocupados por su propia inestabilidad política para ocuparse de la cuestión mexicana. Inglaterra no estaba dispuesta a entrar en una alianza con México, porque este país le inspiraba mucha desconfianza y porque tenía muchos lazos que la unían a Estados Unidos. Y en Francia, el gobierno de Napoleón III no contraía ningún compromiso sin estar de acuerdo con Londres. Además, estas dos potencias estaban centradas por ahora en el equilibrio geopolítico de Europa.

Como sabemos, fue la Guerra de Reforma la que vino a radicalizar las posturas de los representantes diplomáticos acreditados en México y luego las de sus respectivas Cancillerías. Así Alexis de Gabriac, el plenipotenciario más

cercano al gobierno de Félix Zuloaga y principal promotor de la intervención, explicó a París que el presidente insistía en que Francia “debía considerar la posibilidad de una intervención militar franco-británica para establecer el equilibrio en las Américas”. Y en cuanto al papel de España, serían las dos “grandes cortes” las que decidirían si la invitaban o no, prueba de que los conservadores mexicanos relegaban a un segundo rango a la antigua metrópoli. Por su parte, el representante inglés, Loftus Charles Otway, explicó a la Foreign Office que sería muy fácil llevar a cabo una intervención e inclusive una conquista de México, pues la opinión pública la favorecería. Londres, sin embargo, no estuvo dispuesto a seguir los consejos de Otway ni tampoco París los de su propio representante, pues Napoleón III estaba ocupado ahora en la guerra de unificación italiana.

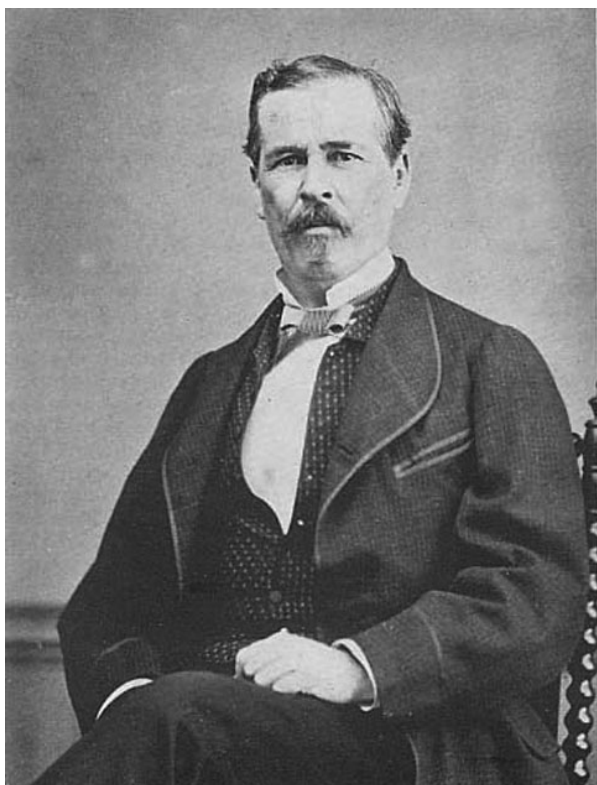
Fue hasta finales de 1859, cuando las Cancillerías europeas se alarmaron, al conocer las Leyes de Reforma y que la administración juarista, recién reconocida por Estados Unidos, estaba en negociaciones con dicho país para la firma de un tratado defensivo y ofensivo. La Foreign Office, encabezada ahora por el conservador James Harris Lord Malmesbury, empezó a considerar una posible intervención y, ante la insistencia de Otway, el canciller estuvo dispuesto a aceptar que, “por motivos de humanidad”, Gran Bretaña podría intervenir en México para ayudarlo a establecer “un orden de cosas estable”, si bien especificó que lo haría siempre y cuando se realizara junto con algún país que tuviera reclamaciones similares a las suyas como Francia, España o Estados Unidos. Declaración que es una muestra evidente de cómo se vigilaban entre ellas las potencias. Hay que señalar que Malmesbury dio un giro muy importante a “la cuestión de México” al decidirse a apoyar a los tenedores de bonos de la deuda de Londres, cosa que el gobierno británico se había negado hasta entonces a hacer. Parecía, por tanto, que se em-



John Forsyth

pezaban a definir los pasos que se darían en “la cuestión mexicana”.

Sin embargo, el cambio de gobierno en la misma Gran Bretaña –cabe insistir en la importancia que tuvo en todo este conflicto la inclinación política de los gobiernos en turno– vino a dar un vuelco a la postura inglesa ante la Guerra de Reforma. Al frente de la Foreign Office se encontraba ahora Lord John Russell, quien era un decidido antiintervencionista y para quien la única manera de poner fin a la inseguridad y a los abusos cometidos contra los súbditos británicos era que terminara la guerra civil. Así ofreció la mediación británica para lograr la instauración de un gobierno estable; en aquel momento el Quai d’Orsay, también más atemperado, se sumó a la iniciativa y dio órdenes a Gabriac de trabajar junto con el representante inglés. La relación entre ambos fue muy difícil, ya que el primero se inclinaba por el gobierno juarista mientras que el segundo era un decidi-



Félix Zuloaga

do conservador. Además de dichas desavenencias, la mediación no tuvo futuro, pues ninguno de los dos gobiernos mexicanos estuvo dispuesto a ceder. Hubo todavía dos intentos más de mediación, el uno a mediados de 1860, del que también formó parte el representante español, Joaquín Francisco Pacheco, ya que se habían restablecido las relaciones entre Madrid y el gobierno conservador. Tampoco esta vez tuvo éxito. Para aquel momento, Gabriac, llamado de regreso a Francia, se iba con toda la intención de convencer a su gobierno de la necesidad de llevar a cabo una intervención tripartita, o al menos de Francia y España, puesto que Inglaterra no se decidía. El tercer intento de mediación fue a finales de 1860, encabezado por Pacheco; en él participaron Alphonse Dubois de Saligny, recién llegado a México, y un delegado de Robert McLane. Tampoco esta vez funcionó por las mismas razones que los dos intentos anteriores. Pacheco estaba para en-

tonces totalmente convencido de que en México no habría paz si no era por la “intervención resuelta y armada” de las potencias europeas. Es interesante tener en cuenta que, una vez fracasada la mediación, el embajador español recibió una nota del representante de McLane que advertía que Estados Unidos no negaba a los países europeos el derecho de hacer una guerra honrosa por “causa bastante para ella”, pero que sí le negaba el derecho de intervenir, directa o indirectamente, en la independencia de la República de México, y que, “hasta donde alcanzara su poder, defendería su nacionalidad y su independencia”. Señalamiento que explica, junto con otras razones, por qué la intervención se llevó a cabo cuando Estados Unidos estaba inmerso en su propia Guerra Civil, así como la insistencia de Gran Bretaña de que se le invitara a formar parte de la intervención.

Cuando, a principios de enero de 1861, el gobierno juarista se restableció en la capital, las relaciones con Europa seguían rotas. Inglaterra, la potencia que más se había acercado a los liberales, estaba muy agraviada por la manera en que tanto éstos como los conservadores habían atentado contra bienes de súbditos británicos. El hecho de que Miguel Miramón hubiera autorizado que se rompieran las puertas selladas de la Legación Inglesa, para hacerse del dinero resguardado para el pago de la deuda de Londres, había significado la violación del territorio británico y había indignado a los tenedores de bonos, quienes pidieron la intervención de su gobierno. Russell respondió que Gran Bretaña no estaba preparada para usar la fuerza para imponer en México un gobierno que respetara a los súbditos británicos y sus propiedades, si bien prometió que utilizaría su influencia para que se estableciera un gobierno seguro. Por lo que toca a España, se sentía muy insultada por la expulsión de Pacheco, acusado de haber intervenido en la política interna de México. En Madrid, la prensa pedía abiertamente una declaración de guerra, aunque el gobierno fue más cauto, ya

que pensaba que, si ésta se desataba, Estados Unidos ayudaría probablemente al gobierno juarista. Así se inició una política de distensión que, de hecho, también implementó Gran Bretaña, mientras que Francia estaba a la espera de poder intervenir.

La coyuntura se presentó debido a la penuria financiera del gobierno mexicano, que lo llevó a decretar la suspensión de pagos. Fue en este contexto cuando las viejas intrigas de los monarquistas mexicanos en la corte de Napoleón III resultaron decisivas. A fines de octubre, los representantes de Francia, Gran Bretaña y España, reunidos en Londres, firmaron la famosa Convención, cuya cuarta cláusula invitaba a Estados Unidos a adherirse a la intervención, ofrecimiento que, evidentemente, no era más que un formalismo diplomático y que había sido impuesta por Gran Bretaña, dada su deferencia hacia sus antiguas colonias. Al momento de la firma, los tres gobiernos sabían que el plan de Napoleón III era apoyar la instauración de una monarquía encabezada por Maximiliano de Habsburgo, y que éste aceptaría si era llamado “espontáneamente” por el pueblo mexicano; sin embargo, el compromiso de Inglaterra y España en torno a dicha decisión no fue tan claro, y por ello es que el acuerdo de Londres quedó en términos tan ambiguos.

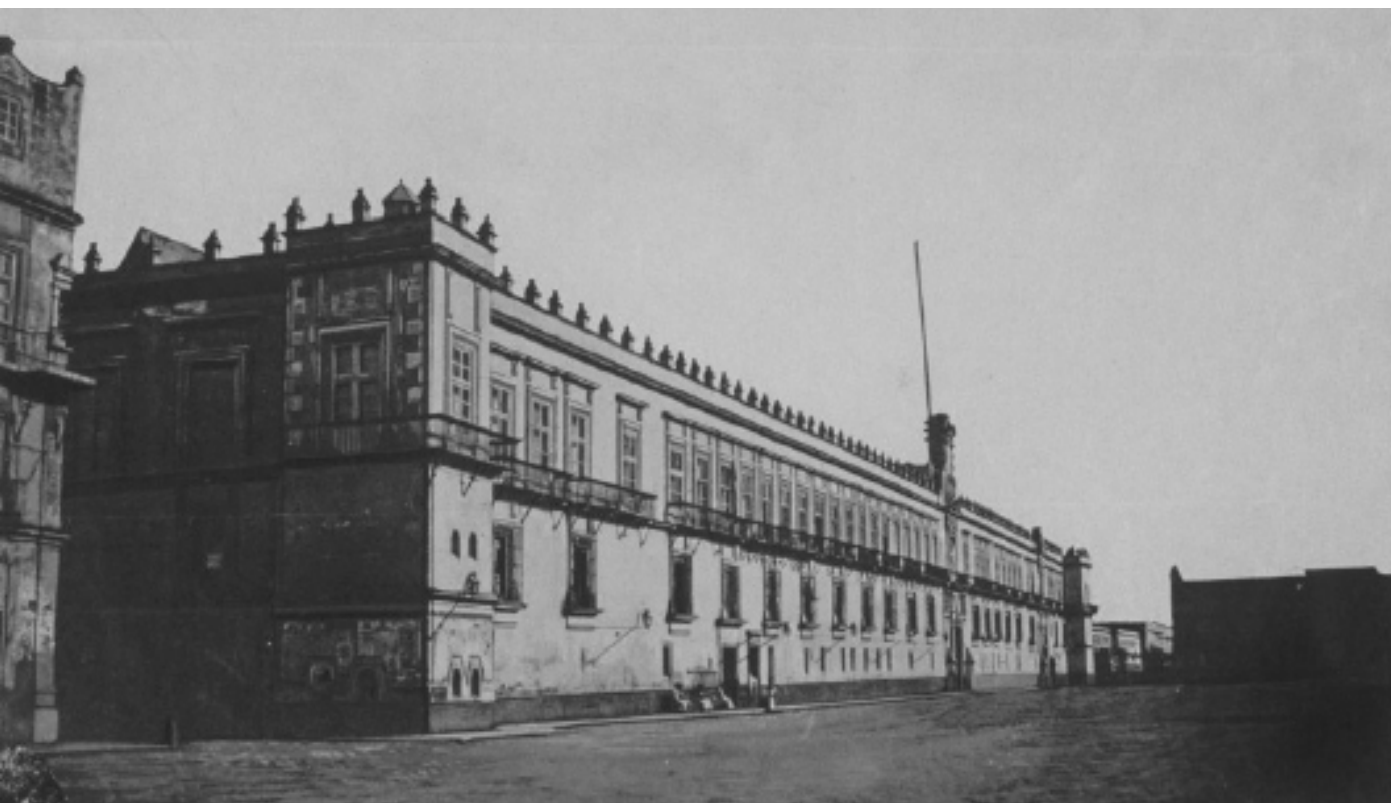
En el fondo el problema residía en que, si bien aquellos dos países también consideraban que la única manera de que México se estabilizara y cumpliera con sus compromisos internacionales era estableciendo una monarquía constitucional, en el seno de sus gobiernos había distintos pareceres sobre cómo debía imponerse dicho régimen y qué monarca debía encabezarlo. En Inglaterra, el primer ministro, Henry John Temple Lord Palmerston, consideraba que, si el proyecto francés lograba realizarse, sería “una bendición para México y algo como caído del cielo” para todos los países que tenían algo que ver con él y que podría, además, detener a los estadounidenses, ya fuesen de los estados federales o de los confederados, en



Lord Malmesbury

su proyecto de absorción del vecino del sur. En cambio, el canciller, Russell, era partidario de la no interferencia en los asuntos internos de otro país, además de que preveía que Maximiliano necesitaría tiempo para consolidarse en el trono y que sólo podría hacerlo con el apoyo de las fuerzas francesas. Fue su postura la que finalmente se impuso: Inglaterra no utilizaría la fuerza para cambiar el sistema de gobierno y no reconocería a la monarquía hasta que fuera bien recibida por los mexicanos. Por ello fue que sólo mandó 700 marinos. En cuanto a España, también apostaba por un régimen monárquico, pero encabezado por un Borbón. Le molestaba, además, ver el desplazamiento de la influencia española en México por la francesa, y en este sentido fue el país que envió el mayor contingente armado para dar la impresión de que Madrid estaba al mando de la expedición.

El hecho es que, en un principio, España no había sido tomada en cuenta en la coalición. Si



Palacio Nacional hacia 1858

bien los diplomáticos franceses consideraban que debía invitársela, además de que Napoleón III tenía vínculos muy estrechos con la corona española, el gobierno inglés se resistía, ya que no la consideraba una potencia de primer orden, la juzgaba demasiado reaccionaria y, además, sabía que Estados Unidos no veía con buenos ojos su participación activa. Ante dicho *impasse*, Madrid no tuvo más remedio que maniobrar para poder ser incluido en la alianza. Un telegrama del embajador español en París, de principios de septiembre, avisó a su gobierno la decisión de las dos potencias de intervenir en México en estos términos:

No parece se cuiden para nada de nosotros [...] Sé ya que la idea de una monarquía les es grata. La situación es favorable para una solución, porque todos estamos ofendidos y los Estados Unidos muy debilitados, y mucho me alegraría que al menos no saliésemos perdiendo.

Inmediatamente, el ministerio de Estado comunicó a las otras dos Cancillerías que España había decidido emprender la expedición a México por los tantos agravios acumulados y que, si querían, podrían unírsele. Tanto quiso parecer que la decisión había sido suya que inmediatamente dio órdenes al capitán general de Cuba de enviar a Veracruz todas las fuerzas de mar y tierra de que pudiera disponer. Así fue como el 1º de diciembre de 1861 se presentaron en Veracruz las fuerzas provenientes de La Habana, integradas por 5 600 hombres, acción que molestó sobremanera a Francia e Inglaterra, pues el acuerdo tomado en Londres había sido que los contingentes intervencionistas se encontraran en Cuba y de allí se dirigieran juntos a aguas mexicanas.

En los primeros días de enero de 1862, llegaron las fuerzas provenientes de Europa. Las españolas, 734 hombres, venían al mando del general Juan Prim y Prats y, al hacerse cargo

de los contingentes de La Habana, el Conde de Reus quedó al frente de casi 6 500 soldados. Las fuerzas francesas eran solo 2 400, pues Napoleón estaba convencido de que tal era la admiración de los mexicanos por Francia que rápidamente lograría su cometido. Por su parte, Gran Bretaña solo envió 700 integrantes de la Royal Navy.

El predominio militar de España fue, pues, evidente y Prim, tanto por el manejo de la lengua como por su personalidad, se convirtió inmediatamente en el jefe de la expedición. Ello irritó muchísimo a los comisarios franceses, Saligny y Jurien de la Gravière, quienes al poco tiempo percibieron cuál era el propósito del comisario español, mismo que Prim comunicó a su Cancillería:

[...] más bien que pasar por la vergüenza de que una nación en que ejercimos dominio durante tres siglos, que nos debe su existencia, en que se habla nuestro idioma, venga a ser regida por un príncipe extranjero, trabajaré porque conserven los mejicanos sus instituciones republicanas, si bien con las reformas indispensables al establecimiento de un poder fuerte y duradero.

A los comisarios franceses también les inquietó la inferioridad numérica de sus fuerzas armadas, por lo que solicitaron el envío de refuerzos. El emperador, por su parte, ya había decidido mandarlos al ver la independencia que había mostrado el gobierno español al adelantarse a la expedición tripartita. También preocupó a los comisarios la inclinación de Prim hacia el plenipotenciario inglés, Charles Lennox Wyke, que consideraron “una deserción inesperada”, ya que nunca habían pensado que España, a quien “favorecía y protegía” Napoleón III, pudiese tener una política propia y más acorde con la de Inglaterra. De hecho, la decisión de Prim de acercarse a Wyke no había sido una instrucción de Madrid, sino que ambos congeniaron y el Conde supo aprovechar el conocimiento que tenía el plenipotenciario británico de “las cosas de México”, ya que llevaba un año en el país.



Maximiliano en 1867, última fotografía

Con altas y bajas en su estado de ánimo y sus decisiones, Prim logró el 19 de febrero la firma de los Preliminares de la Soledad, que permitieron a las fuerzas intervencionistas avanzar hacia zonas más templadas del estado de Veracruz al tiempo que los comisarios reconocieron implícitamente al gobierno juarista. Wyke consideró el acuerdo como todo un éxito, De la Gravière, ya completamente seducido por la personalidad de Prim, pensó que “dadas las circunstancias más valía negociar que combatir”. Por su parte Saligny, a pesar de su indignación, lo firmó a regañadientes, tal y como lo explicó a París.

La llegada, a principios de marzo, de Juan Nepomuceno Almonte y varios otros monarquistas, y luego la del general Charles Ferdinand

Latrille Conde de Lorencez, al frente de un contingente de 4 000 hombres, dieron un nuevo giro a la situación. Prim y Wyke se encontraron en una situación muy comprometida, ya que, por un lado, el gobierno juarista endureció su postura y, por otro, Almonte y Saligny sostenían que tenían todo el apoyo de París. A esta coyuntura se sumó la dificultad de comunicación puesto que, ya para ese momento, Wyke se encontraba en Orizaba, Prim en Córdoba, De la Gravière en Tehuacán, y Saligny en Veracruz, lo cual impedía un rápido acuerdo entre los comisarios.

Prim y Wyke estuvieron atrapados en esta situación durante todo el mes de marzo y su margen de negociación fue muy reducido, si bien supieron aprovecharlo. De la Gravière, que había obrado de acuerdo con ellos hasta ahora, presionado por la llegada de Lorencez, que venía a relevarlo, y por las acusaciones de Saligny de que colaboraba más con los comisarios español e inglés que con él, se vio obligado, muy a su pesar —como da cuenta su correspondencia— a darles la espalda. Así, en un momento de arranque, dijo a Prim que estaba decidido “a perseguir por su cuenta y riesgo el fin que buscaba alcanzar” y que, para lograrlo, aprovecharía la simpatía que tenían los mexicanos por Francia, ya que quería dejar bien establecido a los ojos de todos que su expedición era francesa y que no estaba bajo las órdenes de nadie.

Esta fue la tónica que prevaleció a partir de entonces, y si bien Lorencez en un momento pareció dejarse convencer por Prim de que todo podía arreglarse a base de prudencia y de negociaciones, la alianza tripartita se rompió el 9 de abril. A la sazón, los marinos ingleses ya se habían retirado y Prim pidió a los franceses que le dieran tiempo de hacer lo mismo con sus tropas antes de que las suyas avanzaran hacia la ciudad de México.

El 18 de abril, De la Gravière escribía a París, “la guerra diplomática ha terminado y las operaciones militares van a ser llevadas con vigor. Nosotros encontraremos ahora auxiliares con mayor facilidad. Muchos oficiales

mexicanos que no habrían consentido jamás a tomar partido en favor de una intervención española se sumarán sin escrúpulos a una intervención francesa”. De ahí en adelante, el Cuerpo expedicionario francés quedó al mando del general Lorencez, quien creyó que llegaría a la capital como en un paseo, convencido de que Juárez “a pesar de todos sus esfuerzos, no [lograría] jamás poner en línea a un ejército”.

Al conocer la decisión de los comisarios franceses de continuar solos la intervención, los liberales mexicanos no podían creer que un país por el que, en efecto, sentían tantas simpatías, cuyas glorias admiraban tanto, cuyos principios políticos habían adoptado como suyos, se hubiera decidido a intervenir en sus asuntos internos. Así, mientras los comisarios franceses estaban seguros de que los mexicanos los recibirían con los brazos abiertos debido a esta admiración que sentían por Francia, los liberales todavía tenían la esperanza de que Napoleón III no apoyara la invasión. Sentimiento que Sebastián Lerdo de Tejada, entonces presidente del Congreso, expresó con estas palabras:

Tal vez puede esperarse que el mismo gobierno francés no apruebe la conducta de sus comisarios ni consienta que la bandera francesa quede manchada con una deslealtad, ni quiera que las gloriosas armas de Francia, que a todas partes han llevado los principios de libertad y de civilización, combatan en México con el intento de destruir un gobierno que proclama y defiende esos principios, para pretender sustituirlo con otro que proclamase los de retroceso y reacción.

Esta cita, como mucho de lo que precede, muestra cuán equivocados pueden estar los actores de un episodio histórico. Los generales al mando de estas “gloriosas armas de Francia” nunca previeron que estos liberales, que tanto las admiraban, pudieran poner en línea un ejército capaz de detener su avance ante la ciudad de Puebla. ❧

VOICES of Mexico



Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

Suscripción anual

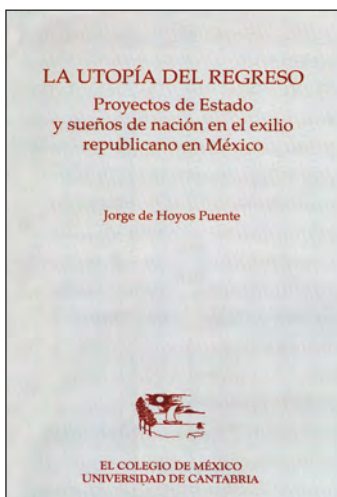
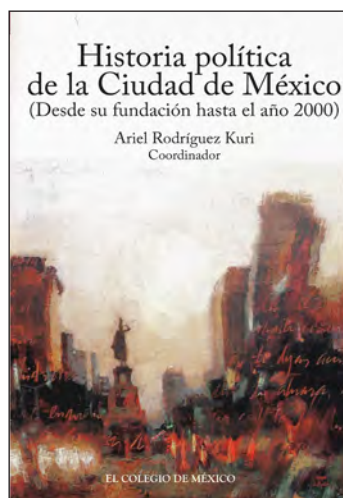
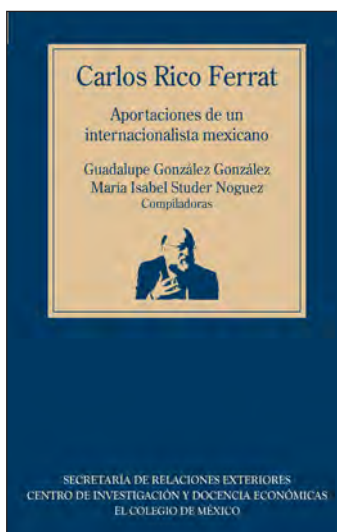
\$140.00 M.N Tres números/un año

Informes y suscripciones:

Torre II de Humanidades, piso 9
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.
Tel. 5623 0246, exts. 42301 y 42299

voicesmx@servidor.unam.mx

NOVEDADES



**EL COLEGIO
DE MÉXICO**

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx